

HERNANDO GUZMAN WEST

IN MEMORIAM

HORACIO ZALCE *

Fue Hernando Guzmán West un médico con la más plena acepción de la palabra, en el más completo y hondo significado del vocablo. Cirujano audaz, pero prudente, clínico sagaz y cuidadoso, maestro de cirugía y de los cirujanos en ciernes, la mayor parte de estos en la fase inmediatamente precedente al grado y luego en el creciente número de las actuales residencias, tan abundantes ya y tan profundas en su nivel de especialización.

Así le conocí en México a mediados del '47. De porte distinguido, cabello ondulado espeso y gruesos apéndices oculares, obligados por su intensa miopía. Su agradable aspecto y su carácter, al principio un tanto seco y aun mordaz, pronto le abrieron un amplio camino profesional, tanto privada como institucionalmente.

En el fondo del origen de sus múltiples rasgos de carácter no es difícil encontrar una clara relación dialéctica entre una semilla con carga genética fuertemente positiva, y aun ilustre, y un ambiente cultural rico y variado, ya que su padre, don Martín Luis Guzmán, fue desde siempre alma rebelde y cuerpo combativo que circunstancialmente le hiciera vivir, llevando a su familia, a diversos países, con diferentes culturas y lenguas. Así es que vivieron en los Estados Unidos de Norteamérica, Francia y España, país este último en el que le sorprendió la guerra civil. La repercusión, que a primera vista podría redundar en "perjuicio" en la educación de Hernando, tras los numerosos avatares a que les arrastró el destierro, usado una vez más como arma política —el entremillado del perjuicio se justifica al ver el resultado— fue el multilingüismo de Hernando, quien

desde muy joven habló muy bien tres idiomas, español, inglés y francés, lo cual se explica fácilmente al considerar el variado territorio cultural en el que forjó su educación básica, ya que no primera. Don Martín Luis por su parte, heredó por el lado materno sangre mezclada de europeo y mujer nativa del istmo de Tehuantepec, dama de temple y fina sensibilidad a su vez reconocibles en el que sería su nieto, el doctor Guzmán West. En cuanto a la inclinación que en sus lecturas siempre mostró Hernando por el idioma inglés, es un franco elemento anglosajón: la familia West provenía de un pequeño pueblo inglés, Lincolnshire, y su *status* social era el de una alta burguesía.

Creo que este breve esbozo genealógico basta para explicar el biotipo de Hernando, más sajón que hispánico y su carácter, de una firmeza que en veces rayaba en la tozudez.

Como al regresar a México no le fueran revalidados sus estudios médicos, hechos en España, hubo de recomenzar la carrera, estando ya establecida toda la familia aquí entre '37 y '40. Se graduó en junio de 1941, fecha en la que intenta establecer su práctica privada, sin abandonar el Hospital General de México; de '42 a '44 es nombrado secretario privado del Director General de Asistencia Médica. Obtiene una beca en la Clínica Mayo de Rochester, Minnesota, para especializarse en neurocirugía y obtiene su diploma en esta disciplina tras una estancia de cuatro años en aquella institución. Al volver trata de incorporarse a la enseñanza y es profesor adjunto del tercer curso de Clínica Médica hasta '54, luego profesor de Patología Médica y a partir de '60 pasa a ser profesor titular de Clínica de Neurología en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México. Espíritu inquieto, asiste y participa en varios cursos cortos de endocrinología pura y neuroendocrinología. Fue asimismo

Ofrecido el 27 de agosto de 1980.

* Académico titular.

profesor de biología en las escuelas secundarias de la Secretaría de Educación Pública, de '61 a '63. Pasa a ser jefe de la División de Cirugía en el Centro Hospitalario "20 de Noviembre", puesto que ocupa de mayo '61 a julio '63; en 1964 acepta trabajar como médico de tiempo completo en una institución privada que intenta así elevar a su través el nivel académico de su personal: la Clínica Londres, en donde también lleva al cabo meritorias obras de organización y enseñanza, sobre todo a nivel del internado de pregrado y de los residentes rotatorios.

Fue admitido en esta Academia en mayo de 1961 y fue tesorero de la Corporación por dos períodos consecutivos: eficacia y honestidad, se conjuntaron para que esto ocurriera.

En cuanto a su vida familiar de adulto, es interesante ver cómo esperó a graduarse para emprender el trascendente paso del matrimonio, el que se efectúa en junio de '42 con la Srita. Lucía López Figueroa, mujer de especial talento y atractivo. Tenía él entonces 30 años y probablemente la procrastinación de sus estudios influyó en este retardo en su edad matrimonial, paralelo al que sufrieran sus estudios todos. Procreó cinco hijos, que a estas alturas están en pleno ejercicio profesional en muy diversos campos. Tuve la grata, para mí, experiencia de ser sinodal en el examen profesional de medicina de María Eugenia hace ya diez años. El conocimiento más bien superficial de varios otros miembros de su familia, tanto consanguínea como política, me hacen creer firmemente que Hernando brilló con luz propia entre una familia que no vacilo en calificar de distinguida.

Hay muchas otras facetas en el carácter de este hombre, caballero cabal y de actividades múltiples: deportista atrevido, practicando actividades tan vigorosas como el automovilismo, el alpinismo y el patinaje en esquí. Este último le deparó placeres y una fractura de tobillo cuando estaba ya en la Clínica Londres; además veleaba en el lago de Valle de Bravo: todo ello peligroso.

Entre las artes cultivó, lo que no es de sorprender, la literatura, tanto médica como laica, y fue infatigable lector políglota, prefiriendo leer las versiones en su idioma original. Fue también un diletante, sobre todo en la música clásica y, para redondear el cuadro, era un profundo conocedor de *foot-ball*. Su espíritu gregario, de fina y a veces punzante ironía, le hizo ser fundador de la Sociedad Médica de la Clínica Londres y fundador asimismo del club de médicos. Sus diálogos con los médicos fueron siempre de altura y no exentos de humor cáustico, y era preciso y *cuasi* purista del lenguaje, cualquiera que fuera el idioma que hablase o que oyese.

Su estado de salud fue siempre bueno. Pero a fines de noviembre de 1978 experimentó dolores primeramente vagos y luego intensos en el epigastrio. El examen clínico y radiológico hecho en la clínica señalaba hacia un cáncer del páncreas. Este diagnóstico se hace de su conocimiento, y él lo

acepta con grande entereza. Decide ir a la Clínica Mayo, su *alma mater*, en donde se le hace una laparotomía que termina por ser simplemente exploratoria con toma de biopsia. El informe histopatológico confirma la existencia de un tumor maligno: adenocarcinoma de páncreas. Regresa a México y, en cierta medida a instancia mía, se somete a quimioterapia citostática. Apenas si hay discreta mejoría, seguida de síntomas graves de toxicidad y toma entonces una decisión que demuestra su serena hombría: no aceptaría ningún tratamiento de tipo causal y pide se le mantenga con venoclisis continuas con sueros y medicamentos analgésicos, hipnóticos y luego narcóticos. Se le mantuvo así dormido, con deterioro rápido del estado general, pero asintomático. En una sola ocasión despierta y cuesta mucho trabajo volver a ponerle en estado de narcolepsia, y por fin muere en la propia Clínica, el día 14 de julio de 1979.

Creo que es difícil encontrar y sobre todo entre los médicos, ejemplo más claro y luminoso de fortaleza interior y hombría de bien. Que descanse ya para siempre el hombre polifacético y de tan decantada reciedumbre espiritual.

MANUEL GUEVARA OROPEZA

IN MEMORIAM

MARIO FUENTES-DELGADO *

Nació el doctor Manuel Guevara Oropeza un 23 de mayo de 1899, en la ciudad de Orizaba, y falleció el 27 de junio de 1980, a la edad de 81 años. Fueron sus padres don Manuel Guevara Prado y su madre, doña Laura Oropeza de Guevara.

Se sabe que sus primeros estudios los realiza en el Colegio Preparatorio de Orizaba (1911-1915). En 1916 ingresa a la Escuela Nacional Preparatoria. Terminada ésta, ingresa a la Facultad de Medicina en el año de 1917 y termina en 1922. Sus estudios profesionales fueron sobresalientes, mereciendo en todos los años diploma, por sacar las más altas notas en todas las materias. Competía, en un encomiable y amistoso esfuerzo de superación, con algunos de sus más íntimos amigos, como el doctor Salvador Zubirán, encarrerados hacia la fama, al través de diversas realizaciones que son vigentes en el progreso de la medicina nacional; con él, otros también distinguidos médicos, como los doctores Manuel Ortega Cardona, Angel Quedo y Mendizábal y algunos más, que hicieron un puñado de estudiosos, ligados además por una

Ofrecido el 10 de septiembre de 1980.

* Académico titular.

profunda e indisoluble amistad, ejemplo de equipo de profesionales, que cada uno por su camino, ha hecho historia de maestros, creadores de instituciones, de escuelas y ejemplos para admirarlos y seguirlos.

No me ha sido dable conocerlos lo suficiente en lo individual, pero estoy seguro que soy justo y atinado si señalo tres de sus características en común: la amistad, la lealtad y su elevada ética personal y profesional, ilustres varones de estirpe impecable, así como tenaces persecutores de sus metas a realizar.

El maestro Manuel Guevara Oropeza, no tuvo en lo material muchas realizaciones; fue poco productivo, pero fue hombre de su época y si sus trabajos no fueron lo numerosos que deseáramos, marcó desde la iniciación de su carrera, una definida vocación por las ciencias psicológicas. Su personalidad destacaba hasta en su presencia: limpio, atildado, pulcro, fino, caballeroso, amable sin prodigarse, discreto en la conversación. A pesar de que asistimos a etapas de largas controversias con sus opositores, siempre supo y pudo conservar su ecuanimidad y tratar con dignidad, las ocasiones en que el Gobierno de una institución, la obtenía él o la obtenía su opositor. Sólo un elevado respeto a su propia dignidad y a la de sus compañeros o substitutos, permitía captar ese equilibrio inteligente y altamente objetivo, sin que trascendiera, aun con colaboradores más íntimos, como el que habla, de sus compromisos profesionales, una crítica hacia el amigo hecho rival. En sus pugnas siempre usó la propiedad, lo racional, lo justo, lo comprensivo, sin dejar escapar sutilmente, sólo en ocasiones, su crítica discreta, su subjetividad, siempre conciente de su medida. Podría decir que fue el hombre equidistante entre su yo y sus pasiones y que casi siempre pudo superar éstas, prevaleciendo su racionalidad, un justo juicio crítico y un gran sentido común, en asuntos comunes como en la complejidad de los fenómenos subjetivos y abstractos de nuestra especialidad, la psicología del hombre y su patología hecha enfermedad.

Esta capacidad de perspicacia, sutileza en la captación, aunado a su fina inteligencia y a una capacidad de analizar y sintetizar los hechos ante los problemas diagnósticos, estas cualidades hicieron de él un clínico atinado, un médico juicioso, sensato, lógico y de gran objetividad. Aunque pareciera redundante, señalo el alto cumplimiento de sus virtudes, que configuraron el prototipo de la personalidad perfeccionista, en el más alto sentido de su positividad. Guevarita, como afectuosamente le llamábamos en el seno de mi familia, fue el amigo confiable; transcendía su discreción, el secreto profesional era paradigma de su ejercicio profesional; sólo pude observarle erigirse ante irregularidades, incumplimientos de sus colaboradores, la impuntualidad, o ante cualquiera de las múltiples facetas de la injusticia humana y social.

Significó para el movimiento psiquiátrico nacional, un pionero, conjuntamente con sus contemporáneos, Samuel Ramírez Moreno, Leopoldo Salazar Viniegra, Guillermo Dávila, Arturo Rosenblueth, en el corto tiempo que el genial Arturo planeó por el Manicomio, para levantar el vuelo y su fama hacia la neurofisiología y la investigación. En este grupo de contemporáneos, el doctor Manuel Guevara Oropeza, estudioso, sensato y perspicaz, era respetado, por todas esas virtudes, como un pionero de la psiquiatría ortodoxa, científica y objetiva, limpiándola de mitos y fabulaciones, todavía con residuos líricos o literarios de impurezas en la ciencia. La verdad en sí, para mí es más bella que la belleza misma; además la verdad, que se ha de buscar eternamente y sin fin, no se da como la belleza en su sentido estético. Es, como dice el poeta: Caminante, no hay camino, se hace camino al andar. Manuel Guevara, con la sutileza hasta de su presencia y de su talento, fue el guía formal de nuestra psiquiatría, que se desarrollaba insidiosa.

Su formalidad atrajo a los que buscábamos objetividad en los intrincados hechos que configuran al hombre, sano o en su patología, hechos que serán siempre incomprensibles, si no se trasciende de lo objetivo a lo subjetivo. Yo diría, en esta antítesis, que la subjetividad es una grandiosa objetividad, como cuando el hombre toma conciencia de sí mismo y de la intrincada red subjetiva de sus sentimientos y de sus emociones.

Con Manuel Guevara Oropeza se inicia la era de la psiquiatría descriptiva, pero clínica; sus clases, sencillas, didácticas y objetivas, con la presentación de enfermos. Fue profesor de Clínica de Psiquiatría desde 1926, tres años después de recibido, hasta hace pocos años que se jubiló, por quebrantos de su salud. Fue también profesor de Información Psicoanalítica, en la Universidad Iberoamericana (1951-1957).

Voy a referirme a algunos datos más concretos de su biografía y de su *curriculum*. Su título profesional lo obtuvo el 15 de marzo de 1923; su tesis profesional, la tituló *Psicoanálisis*. Fue el primero en México que captó la importancia de esta doctrina y la divulgó al través de su tesis y de su cátedra. Debe reconocerse su prioridad en México en esta rama de las ciencias psicológicas.

En sus primeros años, fue jefe del Servicio de Educación Higiénica en el Departamento de Salubridad (1932-1934); miembro del Consejo Psiquiátrico (1944-1947 y 1951); y director del antiguo Manicomio de la Castañeda en dos períodos, de 1932 a 1934 y de 1938 a 1944.

Me consta su afán por mejorar el nivel clínico y académico de los médicos y estudiantes que por entonces trabajaban y nos formábamos. Fue un director laborioso, exigente, cumpliendo con su propio ejemplo. Propició la terapia ocupacional, que por entonces estaba abandonada; se organizaron talleres y se consiguieron personal y materias primas para la terapia ocupacional y recreativa.

sobre todo de las enfermas.

Se inició en su época la consulta externa y aparecieron las primeras trabajadoras sociales. Fue el primero que planeó e inauguró la primera Granja Psiquiátrica en León, Gto., que aún funciona para enfermos de larga duración o incurables.

Fue también director del sanatorio privado "Lazo de la Vega" para enfermos mentales (de 1930 a 1932); director de la Clínica "San Rafael" desde 1934 a 1977; fundador, con un grupo de distinguidos psiquiatras de su época, de la Sociedad Mexicana de Neurología y Psiquiatría (1937); director de la revista *Archivos de Neurología y Psiquiatría*, que con ciertas metamorfosis, propias de la evolución, aún se publica.

Uno de los puestos más destacados que ocupó el doctor Manuel Guevara Oropeza fue el de presidente de esta ilustre Academia Nacional de Medicina, en 1950, pasando a titular en junio de 1961.

Fue miembro afiliado de la American Medical Association (1947) y miembro de la American Psychiatric Association, 9 de mayo de 1951. En su *curriculum*, tan modesto como él lo quiso, encontramos algunas de sus participaciones, que él mismo tacha, por ser sensible a la inflación, que también la hay en ciencia. El doctor Guevara fue invitado especial para varias entrevistas hechas por el Instituto Nacional de Antropología, en su sección Archivo de la Palabra, en la que se le tomaron varias grabaciones que quedan permanentes para los que quisieran ahondar en informaciones sobre la etapa histórica de la psiquiatría que le tocó vivir y actuar en ella y que consta de 411 páginas, material importantísimo de su propia autobiografía, como para que alguna institución la recoja y edite, por el valor histórico que le encontramos y con la más alta instancia de un homenaje póstumo a este distinguido maestro de la psiquiatría y guía y consuelo espiritual de sus miles de pacientes.

SALVADOR ITURBIDE ALVIREZ

IN MEMORIAM

PEDRO RAMOS *

Hace poco más de seis meses, el 31 de marzo del presente año, dejó de existir en esta ciudad el señor doctor don Salvador Iturbide Álvarez, académico ilustre, con vocación de maestro que ejerció toda la vida, primero en la cátedra desde casi inmediatamente después de la recepción de su título

Ofrecido el 15 de octubre de 1980.

* Académico titular.

profesional y después como organizador de la docencia, en un campo de acción que creció bajo su mirada, en una forma nunca antes vista en este país, ni seguramente en muchos otros países.

Durante toda su fructífera existencia se manifestó siempre como el hombre amante del estudio y de la enseñanza, recto conductor de sus alumnos y de los estudiantes, trabajador incansable y sistemático, dotado de una elegante distinción que transmitía a sus actos y a sus obras.

El académico a quien hoy tengo el honor de recordar, se presenta a la memoria de quienes lo conocimos y tratamos, como el hombre que sabía conjuntar la buena voluntad y la caballerosidad con la determinación necesaria para llevar a feliz término las difíciles y delicadas tareas que durante muchos años le fueron confiadas. Quienes tuvimos contacto con él en la Facultad de Medicina, lo recordamos como el hombre indispensable para resolver los problemas que diariamente se presentaban en una época de cambio total de conceptos, de áreas físicas, de rápida expansión de alumnos y de administración. Creo que lo mejor que de esa época se puede decir, es que nada pareció difícil porque, afortunadamente para la vida de nuestra Escuela, estuvieron al frente de la transformación personas singularmente dotadas para orientarla, entre las cuales el doctor Iturbide Álvarez ocupa un lugar relevante. Su actuación parecía ser la materialización de *desideratum* del hombre de gobierno que expresa la máxima latina: *suaviter in modo, fortiter in re*.

El doctor Iturbide Álvarez nació en Morelia, el 28 de febrero de 1893, siendo sus padres el Sr. Lic. don Andrés Iturbide y la Sra. doña Agustina Álvarez de Iturbide.

Terminados sus estudios primarios ingresa al histórico Colegio de San Nicolás de Hidalgo, en el que cursa la preparatoria y la profesional en la Escuela Médica de Michoacán, escuela próspera que precedió en su fundación, por unos cuantos años, a la fundación de nuestro Establecimiento de Ciencias Médicas. Recibe su título profesional el 6 de julio de 1914, después de brillantes estudios y numerosos premios y de la presentación de su tesis profesional, dedicada al problema de la herencia y poco después lo recibe también de nuestra escuela.

Al final de julio de 1914, o sea del mismo mes en que se graduó, lo encontramos ya en la Escuela Nacional Preparatoria en donde imparte su primera cátedra: Anatomía y Fisiología, pero muy pocos días después habrán de comenzar los acontecimientos que pondrán a prueba su temple, porque al doctor Iturbide Álvarez le tocó vivir épocas y situaciones difíciles, como si estuviera predestinado a afrontarlas. Tan luego que recibe su título se encuentra envuelto en el momento de la inseguridad política y de la sangre vertida, pero el combate que va a librar no es ese, sino el del auxilio a los hombres, por medio de la profesión que ha escogido como realización de su vida.

Al final del siguiente año, interrumpe su clase para atender el llamado del Consejo Superior de Salubridad, que solicita médicos voluntarios aquí y después en Zacatecas, ante la epidemia de tifo. Cae entonces contagiado por primera vez y seis años más tarde volverá a estarlo y en las dos ocasiones, gravemente.

En 1917, el 25 de octubre, contrae matrimonio con la Srita. Lucía Cárdenas. Tuvieron tres hijas.

El 26 de junio de 1920 pasó de la Preparatoria a la Escuela Nacional de Medicina, de la que no saldrá sino en 1965. Comienza como ayudante de profesor de microbiología y ayudante interino de profesor de clínica psiquiátrica. Después se orienta definitivamente en el campo de la microbiología y de la parasitología.

Al principio ejerció en forma privada; después sus obligaciones oficiales lo obligan a abandonarla, porque durante muchos años trabajó en diversas tareas sanitarias, en las épocas difíciles en que prevalecían las endemias, llegando a ser oficial mayor del entonces Departamento de Salubridad Pública, en 1936, durante dos años.

Fue jefe del Servicio de Enfermedades Transmisibles; director de Servicios Coordinados; director de Asistencia en el D. F.; miembro del Consejo Técnico Consultivo. En la S.S.A. ocupó otras posiciones más.

Fuera de esa área desempeñó el cargo de jefe del Servicio Médico de la Asociación Nacional de Protección a la Infancia; director del Servicio Médico Legal del Tribunal Superior de Justicia del D.F. y Territorios Federales; fundador y director del Instituto Técnico de la Policía Judicial y jefe del Servicio Médico de la Dirección de Servicios Periciales. Sus comunicaciones y publicaciones fueron numerosas, así como sus contribuciones a congresos nacionales y extranjeros.

Además de ser miembro de esta Academia, a la que ingresó el 22 de diciembre de 1926, o sea que

contribuyó a ella durante 53 años, en donde se le rindió especial homenaje en 1976, al cumplir 50 años de pertenecer a ella; formó parte de diez asociaciones científicas nacionales y de tres extranjeras.

En vida se impuso su nombre a la Guardería Infantil No. 39 de la S.S.A. y fue objeto de otras distinciones por parte de asociaciones, instituciones y agrupaciones de alumnos.

Dejo para el final insistir sobre la labor que juzgo trascendente, sin desconocer la importancia que otras tuvieron, porque de ella se cultivan aún los frutos. Me refiero a su labor en la UNAM. Fue primero jefe de la Sección Escolar, que después se convierte en Dirección General. Pero la tarea en la que dejará huella perdurable, es la que desempeñó desde 1948 a 1962, como secretario general de la Escuela Nacional de Medicina, convertida ya en Facultad. Se inicia ese período de su vida el 1º de abril de 1948, acompañando al doctor Salvador González Herrejón, sigue con el doctor José Castro Villagrana, con el doctor Raoul Fournier, en sus dos períodos y aun acompaña dos años al doctor Donato Alarcón. Deja su puesto el 1º de octubre de 1962, o sea 14 años después. Con él terminan los insignes secretarios que conocían todos los ángulos de la administración escolar y aun a todos los alumnos. Su vida corría dedicada a la institución, la cual sin ellos no se concebía. Pero con él, aquel tiempo terminó. Una nueva época se abría paso, pero es necesario reconocer que gracias a él se facilitó la transformación. Quienes lo seguimos, valoramos la tarea de este hombre convencido y convincente, honesto, de gran capacidad de trabajo, que entregó su vida a las instituciones, al través de las cuales sirvió a México. Bajó a la tumba rodeado del amor y el dolor de sus hijas y de la admiración y el cariño de quienes lo sucedimos en su tarea.